

Juan José MARTÍN FRECHILLA

RESUMEN

El ensayo presenta una aproximación al tema de la historia de la construcción territorial y urbana de Venezuela, a partir del proyecto nacional de modernización capitalista del país, tanto en lo social como en lo propiamente físico-espacial. Se resaltan y evalúan los conflictos, sobre todo la continuidad/discontinuidad de los elementos, las características, lógicas o factores de este proceso, y sus consecuencias concretas, en la construcción social, territorial y urbana del país durante el período 1908-1958, que se asume como paradigmático en nuestra historia contemporánea. Patrimonio, historia y tradición, conservación, demolición y reconversión se presentan como memoria social y físico/espacial, como permanencia del pasado en el presente, pero tomando distancia de las ideologizaciones que sólo prefieren mostrar de ella -la memoria- partes, segmentos, o su cara más amable.

* Este trabajo fue presentado en la Mesa Redonda "La Memoria en el Saber y la Cultura en Venezuela", dentro del marco de la XLII Convención anual de ASOVAC, celebrada en la Facultad de Medicina de la UCV, entre el 15 y el 20 de noviembre de 1992.

LA CONSTRUCCION COMO MEMORIA (13 GLOSAS CONCURRENTES PARA ACERCARSE A LA MODERNIZACION DEL PAIS; 1908-1958 COMO REFERENCIA)*

LA CONSTRUCCION COMO MEMORIA

De una vez, y para no repetirlo innecesariamente: modernización es el nombre y el apellido capitalista. Aquí se pueden incluir todos los «semas» acostumbrados del caso -antes y después del derrumbe del Este- pero no creo que haya que dar detalles con respecto al capitalismo y sus objetivos. La modernización, sin embargo, como proceso, está emparentada con el progreso técnico-científico, enmarcado éste en el espinoso tema de la modernidad, que para decirlo en palabras de Maldonado, puede asumirse «como proyecto innovador del ordenamiento social y cultural»¹. Sin olvidar, por supuesto, las intenciones de quienes liderizan el proyecto. Los vértices del conflicto estarían entre modernidad, progreso, técnica y tradición, imposible escamotear sus contradictorias relaciones, sólo apunto que quien hoy lo tenga resuelto y pise firme merece mis respetos.

Lo del país, y el período, apunta al impulso significativo del proyecto de modernización entre nosotros, y a su tiempo más relevante. En todo caso, la consistencia o la inconsistencia de las glosas, deberá buscarse en este (con)texto y no en otro. A propósito, glosa está aquí como «explicación o comentario de un texto oscuro o difícil de entender». Real Academia dixit. Lo de

1 / Maldonado, T. (1990) : *El futuro de la modernidad*, Juncar, Madrid, p. 12.

texto es, desde luego, una metáfora por construcción en su más amplio sentido físico-espacial-social: fabricar edificios, ciudades o naciones. Lo de memoria deja de lado, en este caso, acepciones como la de programa y datos para operar en una computadora o la que remite a facultades y funciones de la mente de los hombres, para situarse en la menos técnica, y por demás ambigua, de lo que permanece en el (o como) recuerdo después de la desaparición material de seres o cosas. Al tema.

(DIS)CONTINUIDAD SOCIAL DEL PASADO EN EL PRESENTE

TABLA RASA

1.- Se atribuye a Bernardo de Chartres en el siglo XII, una de las frases, que según los especialistas, se corresponde con la génesis de la idea de moderno: «nosotros somos como enanos puestos sobre los hombros de gigantes». Primera metáfora de la modernidad, como la denomina Maldonado, que lleva implícita la idea no sólo de la relación entre antiguo y moderno, sino además, del sentido del progreso de la cultura, y en consecuencia de la historia. Saber acumulado, utilizable como instrumento para el progreso. Y aquí nos topamos con las dificultades para precisar -sobre todo en la actualidad- un consenso alrededor de la idea de progreso. Temerariamente diremos: saber más, aplicarlo mejor, para satisfacción de muchos.

Pero, para entendernos, se hace necesario un primer inciso. Estamos en Occidente, en donde desarrollo, progreso y modernidad se asumen, no siempre explícitamente, como componentes de un modelo único-universal, apoyado en una

estructura lineal del tiempo. Todo ello en la sorprendente paradoja esbozada por Octavio Paz sobre la continuidad del pasado en el presente, la tradición, la contradictoria tradición de lo moderno, como un proceso de rupturas que en nuestro tiempo se agobia por una evidente aceleración del ritmo².

Claro que la asunción de nuestra condición de occidentales puede servir para, como por momentos hace Paz, convertir el apunte en un rescate cultural -que se entiende mejor en los mexicanos, por los aztecas y los mayas- de lo que pudo haber sido (y no fue), o para negar que nuestro subdesarrollo sea concreto -hablo del Sur en general- y que la ambigüedad conceptual o la impronta ideológica de linealidad y progresión en los cambios, no tengan en él referencias reales, o para que la generalizada identificación de modernidad y civilización sea señalada, solamente, como un proceso manipulador. Algo de mala conciencia carga esta frase: «No hay ninguna nostalgia oscurantista en lo que digo -en realidad los únicos oscurantistas son los que cultivan la superstición del progreso cueste lo que cueste-. Sé que no podemos escapar y que estamos condenados al "desarrollo": hagamos menos inhumana esa condena»³. En realidad, el pretendido oscurantismo no está, en este caso, en la posición frente al progreso, sino en la irremediable adopción de la modernización, del desarrollo capitalista, como una fatalidad *ad æternum*.

Desde que el japonés aquel decretó la muerte aquella, otros con mucha más sagacidad y densidad están reiteradamente presentando el fracaso occidental como su hora; así, la otra estructura del tiempo, la del círculo que siempre retorna, se nos

2 / Paz, O. (1985): *Los hijos del lima/ vuelta*, La Oveja Negra, Bogotá, pp. 9-37.

3 / O.C, p. 25.

ofrece, por ejemplo, en la sugestiva, y a nuestros ojos, seductora y exótica imagen de un templo oriental -cuyo nombre no retuve cuando lo leí- que debe, cada veinte años, ser demolido/ construido para que la divinidad que alberga se sienta reconfortada. En el Portal de los Reyes, y en los vitrales de la catedral que se comenzó a contruir sólo unas décadas después de que Bernardo de Chartres dio sentido a la modernidad, se representa -según señala Maldonado- a los evangelistas menores sobre los hombros de los profetas, y las piedras talladas siguen ahí. Oriente y occidente se dan, todavía, la espalda.

Bien, los componentes, entonces, de nuestro presente no pueden, a no ser que decidamos seguir aquel bello poema: «Quisiera ir a China para *orientarme* un poco»⁴, que con otra intención escribió Blas de Otero hace años, liquidar fácilmente ciertas herencias, sino recoger algunas tradiciones, sumar, acumular, proseguir. Pero recordemos, desde ahora, que en un proceso que no se repite, tanto derecho a la tradición tendría el siglo XII como el XX.

2.- No es fácil reconocer, en nuestro constante apunte hacia el futuro, que nos apoyamos en lo que hemos heredado; ni desconfiar de las nostálgicas visiones del pasado, ni calibrar el significado de su imposible reproducción, sobre todo, cuando el presente se muestra, absolutamente descarnado, en un neodarwinismo en fase «terminal» que campea entre países e individuos. Difícil sacudir la persistente llovizna de la perversidad del progreso, enfrentar la renacida -y manipulada- reconciliación con la naturaleza, como no sea ironizando sobre las opciones a mano ante una picada de coral o la producción de alimentos hidropónicos para contener la hambruna africana. Difícil, además,

4 / Otero, B. de (1960): *Con la inmensa mayoría (Pido la paz y la palabra, En castellano)*. Losada, Buenos Aires, p. 91.

porque resulta más simple, y lógico, sobre todo en períodos de franca cólera colectiva, desconocerlo todo; no transigir en nada para evitar malsanas recuperaciones. Briceño-Iragorry, decía : «Ningún pueblo, en una hora dada de su evolución, puede considerarse como eslabón suelto o como comienzo de un proceso social. Venimos todos de atrás. Antes estuvimos en el pasado»⁵.

Sin embargo, para resolver el significado, la articulación, el sentido de las rupturas, los derrumbes, los cambios o las revoluciones en un proceso social -acotémoslo aquí en torno a nuestra constitución como nación- es preciso que la implantación sea percibida por el poder como continuidad, como legado heredado, como tradición que se recibe, eso sí, -en palabras de Briceño-Iragorry- « a beneficio de inventario». Y de aquí se desprende como arista fundamental, la cualidad de los hombres sobre los cuales, apoyándose en ellos, se construye el futuro. Qué rasgos, conductas o sistemas guardar, y con cuál propósito.

Lo que no parece en ningún caso útil es recurrir a reliquias, a actos cuasilitúrgicos, a vacuas efemérides para poder construir una imagen de nosotros mismos. Es necesario desbrozar. Pero el acento y los tópicos los resguarda fundamentalmente quien dirige y controla, no por azar se mantiene el «Dios y Federación» desprovisto de cualquier vestigio de sacudida social, o se oscurecen responsabilidades comprometedoras, o simplemente se escamotea lo más cercano a alguna verdad que sirva de orientación. La magnificación de grandezas pasadas no parece un camino cierto, ni útil, para corregir el presente, tarea esta que, además, no ha sido nunca iniciativa emprendida *motu proprio*

5 / Briceño-Iragorry, M. (1952): *Introducción y defensa de nuestra historia*, Bitácora, Caracas, p. 134.

por quienes lo conducen; las transformaciones, en todo caso, deberán provenir de otras fuerzas que empujen en esa dirección.

La tradición, entonces, para que tenga alguna vitalidad, para que su articulación al presente integre, cohesione, para que trascienda conductas subalternas o efemérides sobrevaluadas, precisa contribuir a una mayor densidad del proyecto nacional, sin lo cual la mejor interpretación crítica del pasado, de cara al futuro, no pasara del papel.

3.- Fue bajo el signo de la novedad que llegaron los hombres aquellos desde los Andes. Años después, en 1929, Gómez diría «yo había encontrado a este país como una casa en escombros y formé una casa sólida»⁶, imagen que apunta hacia las distintas direcciones que recurrentemente utiliza con curiosa sintonía todo gobernante: presentar abultado lo que se encontró de modo de estar en ventaja al juzgarse lo realizado; recurrir, concreta o figuradamente, a la obra construida como medición de progreso material y de orden; y, finalmente, acentuar como estandarte una historia que siempre comienza con ellos. Sobre estos asuntos se ha desarrollado idéntica vocación; no ha valido, para el caso, en nuestra vida republicana, ni las diferencias de siglo, ni el origen regional de los gobernantes, ni su condición de civil o militar, ni su nivel social o cultural, ni la forma de gobierno o el modo de llegar a él. Briceño-Iragorry apunta con certeza, en su apasionante alegato en favor de una revisión crítica de la tradición, que «La Historia en nuestro país es la historia de un largo proceso de demolición»⁷.

94 Dejemos de lado, por el momento, la explicación de las razones

6 / *El Universal*, año XXI, nº 7187, 16-05-1929, primera página.

7 / Briceño-Iragorry, M. (1952): *O.C.*, p. 116.

para la demolición, tanto física como social, asumámosla como hecho cumplido. Las posibilidades del correspondiente proceso de construcción tropiezan, en lo físico, con algunas restricciones objetivas, no solamente las inherentes al propio producto, a su obligante necesidad de espacio, nuevo o viejo renovado. Así sean claras y definidas las intenciones que se tengan de sustentar, en lo material, el adelanto nacional en la sustitución de obras y construcción de nuevas, esta posibilidad debe enfrentar, en primer lugar, la prosaica necesidad de capital. Por supuesto que en igualdad de posibilidades económicas pueden existir abismos de diferencia entre la fuerza y la disposición, las prioridades y la eficiencia, de uno u otro momento⁸. Distintos momentos que nos remiten, en segundo lugar, a coyunturas externas e internas, superpuestas a tendencias económicas y sociales de más largo aliento, a nuestra propia condición histórica, al tiempo que estamos transcurriendo.

Entre 1908 y 1958, Venezuela es sin duda un escenario de privilegio para el desarrollo de la vocación de *tabla rasa* de nuestro particular proyecto de modernización, para la realización de su arrolladora demolición de estructuras sociales, económicas y físicas, para evaluar la tensión entre la irrefrenable necesidad de construir y la ruptura de los frenos de la «realidad objetiva», para confrontar sin risueñas nostalgias las posibilidades de oponerse con éxito -y a cuenta de que- a la estructura cumulativa del progreso, así le pongamos a éste hoy comillas, neguemos que las innovaciones sociales, económicas, tecnológicas o culturales casi siempre pretenden el perfeccionamiento, o consideremos como válida la inocente ilusión de que todo tiempo pasado fue mejor, sin preguntarnos para quién.

8 / Notable, por ejemplo, la relación «cantidad de obra construida/ recursos disponibles por año», en tiempos del Gómez prepetrolero.

PUEBLO JOVEN

4.- Ortega y Gasset, relanzado con justicia cada vez más, afirmó en Buenos Aires, en 1939, «todo lo humano, lo mismo las personas, que sus acciones y sus ideas y sus pasiones, y sus obras y construcciones, tiene siempre *una edad*»⁹. Angulo este singularmente importante para poder discernir si se trata en nuestro caso, en nuestro país y en el período acotado, de una conspiración para arrebatarlos o destruir todo vestigio de memoria social o si por el contrario, debemos interpretar nuestro comportamiento social como el propio, el natural, -así lo juzguemos criticable- de una fase tildada como de especialmente destructora para la construcción de nuestra memoria, si nos atenemos a la corriente social dominante y a los peajes que impone a nuestro decidido deseo de insertarnos en ella.

Qué tipo de pueblo somos, en qué momento nos encontramos, parece entonces importante, no sólo por lo que Ortega y Gasset denomina la condición de «pueblos jóvenes de nacimiento colonial», que marcaría, temporal y genéticamente, nuestro muy reciente origen y nuestra consiguiente precaria densidad nacional, sino porque, además, esta juventud define insatisfacciones, indecisiones, irreflexiones, deseos y abandonos, torpezas, asimilables, como paradigma de análisis, a las etapas de la vida humana.

5.- A esta razón -justificación social de nuestro afán histórico por demoler, y por equivocarnos-, coadyuvan otros parámetros. Sobre este sustrato, cuyos elementos más llamativos de violencia, inestabilidad, dificultades y estrechez económica se concentran en nuestro siglo XIX, se extiende el maná inesperado del petróleo,

9 / Ortega y Gasset, J. (1981): *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Alianza, Madrid, p. 219.

que desata, desde la perspectiva que nos ocupa -la construcción/ destrucción de una memoria social bajo el signo de la modernización-, un fenómeno esencial del cual se desprenden, articulados, otros más.

La sociedad venezolana se transforma a la vuelta de pocas décadas, en sociedad urbana, y a esta transmutación vertiginosa del modo de vida se suma un aluvión poblacional externo cuya significación cuantitativa y cualitativa tendrá un peso decisivo en las nuevas perspectivas de modelación del modo de ser venezolano. No hacen falta las cifras usuales sobre la rapidez de los índices de urbanización venezolanos y el crecimiento exponencial de la población urbana. En este afiebrado campamento en el que se convierte el país, con todo lo que de provisionalidad, dilapidación y ensanche social y físico, tiene la idea, es difícil que se mantengan, se sedimenten, usos, costumbres, tradiciones y herencias¹⁰, que poseen, además, un componente rural de inevitable desaparición.

Rápido y significativo proceso, en el que a la movilidad espacial de nuestra población se suma la social, resultantes ambas, directa o indirectamente, de la nueva Venezuela minero exportadora, operando en una coyuntura externa en la que el progreso, el desarrollo capitalista, el modelo cultural y sus signos, tenían ya, como sello indiscutido, a los Estados Unidos. Este cuadro de componentes permite percibir la fuerza de la sacudida que recibe nuestro «pueblo joven de nacimiento colonial», y sobre todo comprender/justificar los alcances.

Y, sin embargo, todo no queda aquí para explicar. Por razones que 95

10 / Nos eximimos de considerar aquí las limitaciones de nuestra marginal presencia colonial que sólo comienza a manifestar alguna significación, a mediados del siglo XVIII, luego que los guipuzcoanos impusieron orden y los negocios, sobre todo para ellos, pero también para nosotros, prosperaron; tanto, que sirvieron, junto con otras más patrióticas razones, para la

independencia a la vuelta de menos de cincuenta años. Volveremos sobre las repercusiones de la pobreza de entonces en la cualidad y cantidad de nuestro patrimonio inmobiliario.

van, desde la demanda: nuestro congénito déficit de población resultante de guerras y epidemias, hasta la oferta: guerra civil española y guerra mundial, con sus respectivas y críticas postguerras, Venezuela recibirá, aproximadamente, entre 1937 y 1957, medio millón de emigrantes. Un aluvión poblacional, desencajado de sus países de origen que, a pesar de estar compuesto por distintas nacionalidades, posee significativos elementos unitarios: en cuanto al desarraigo familiar, al individualismo exacerbado por la mira económica como horizonte esencial. Pero este aluvión presenta también frente al «pueblo joven» estadios cronológicos de evolución y rupturas radicalmente distintos. Los riesgos, las razones y las virtudes de nuestra aún precaria densidad nacional, de nuestra abierta permeabilidad social, están, fundamentalmente, en estos motivos que sin duda moldean la difícil permanencia, útil, crítica, valorada, del pasado en el presente, de un país construido, en muy buena parte, en el siglo XX.

(DIS)CONTINUIDAD TERRITORIAL Y URBANA DEL PASADO EN EL PRESENTE

COSTRA TECNICA

6.- Si ponemos los pies sobre la tierra, no en sentido lato, sino concreto; si para ello situamos la transformación del mundo físico, en nuestro tiempo, como uno de los ámbitos en los que se concentra acendradamente, por su amplitud y sus efectos, la modernización a dominante tecnológica; si, además, «se parte del hecho de que no es posible hacer retroceder la tecnificación, la tarea consiste pues en la *dominación* y no en la *eliminación* de la

enajenación»¹¹. Si aceptamos estos condicionales, y congelamos, metafóricamente, las consecuencias que encierran, bien alejadas de una utilización amplia, generosa, solidaria y desinteresada de las posibilidades de la técnica para el bienestar humano, y asumimos, para poder seguir, que esta inversión de intenciones, requiere de otra valoración, de otra ética, porque «las operaciones de sutura en las heridas que tal progreso [técnico-científico] ha provocado, es decir la cura de sus efectos perniciosos, han de ser hechas en el interior, no en el exterior, del universo técnico-científico (...) no es con menos, sino con más (y ciertamente distinto) conocimiento técnico-científico como podemos superar los aspectos negativos que este mismo conocimiento, o al menos su utilización, ha dado origen»¹². Mientras tanto, y para lo que nos ocupa, la técnica es genéticamente opuesta a la tradición, tiene frente a las estructuras, artefactos y procedimientos una actitud «hostil frente a la tradición», como la denomina Rapp. Cuando en un primer momento se calibran los cambios, lo que unos denominan efectos perversos, otros no intencionados, otros secundarios, colaterales o negativos -según sea la matriz ideológica del autor en el asunto- no son tomados en cuenta. Será posteriormente, cuando la generalización haga notorias las consecuencias cuando crezcan los alertas colectivos.

7.- Pero además de la preeminencia de la técnica en nuestro tiempo, y de su negativa inicial a considerar «otros» efectos, debe ponderarse su difusión, la transferencia planetaria, cuando no de sus procedimientos sí de sus resultados. Sin embargo, esta permeabilidad tecnológica y cultural no se transfiere con igual intensidad, objetivos, consecuencias y urgencias por el Norte y el

11 / Rapp, F. (1981): *Filosofía analítica de la técnica*, Alfa, Buenos Aires, p. 181.

12 / Maldonado, T. (1990): *O.C.*, p. 11.

Sur. Para los países que hacen desesperados intentos por alcanzar ciertos niveles de bienestar material, los esfuerzos de las respectivas construcciones nacionales -en esto la diversidad del Sur es también notoria- tendrán en el recurso pleno a la técnica que puedan obtener y pagar, en la rapidez de su incorporación, un comportamiento sin duda comprensible. Los efectos ambientales de la construcción de la Gran Carretera Trasandina o los riesgos sociales, sanitarios o antropológicos de la difusión de la lámina de cinc en la construcción de la vivienda campesina y de las rociadas indiscriminadas de insecticidas en el campo venezolano, no fueron considerados en su momento; las urgencias eran otras, y nuestros ojos presentes no deben olvidarlo.

8.- Hemos señalado, en otra parte, al período 1908-1958 como esencial en la construcción territorial y urbana del país¹³. Sobre el patrón geocultural de localización anterior a la llegada de los españoles, éstos impusieron el suyo, que se fue ampliando en objetivos y estructuras espaciales, económicas y de población nuevas, cristalizadas en ciudades y comunicaciones. Esta «costra técnica» -elocuente expresión del geógrafo francés Pierre George- fue recibiendo, sobre todo a partir del régimen de Juan Vicente Gómez, un resuelto y significativo envión modernizador en edificaciones y obras públicas en las que los patrones tecnológicos, y los artefactos correspondientes, comenzaron a operar. Una planta eléctrica importada de Suiza y encajada en Choroni para que funcionasen los Telares de Maracay, los estudios europeos de Román Cárdenas para el diseño de carreteras, con Macadam incluido, o las estaciones de bombeo para el Acueducto de Macarao, son sólo ejemplos de un impacto en la «costra técnica» nacional que con la explotación petrolera

recibirá nuevos componentes directos: pozos, campamentos, oleoductos, puertos de embarque, refinerías, estaciones de servicio; e indirectos en las nuevas obras públicas y edificaciones, sobre todo sanitarias y educacionales, que el ingreso petrolero pudo financiar.

9.- Además de lo cumulativo, de la estratificación histórica que encierra, de las trazas que conserva, la «costra técnica» puede caracterizarse por su desgaste o su vencimiento, así como por su obsolescencia, pero también por sus posibilidades de reconversión. En una fase de desarrollo y construcción como la de la sociedad venezolana de la primera mitad del siglo XX, se superponen, a la precariedad del patrimonio inmobiliario -por pobreza, guerras o terremotos, poco importa ahora- su caducidad por desgaste, a lo cual es necesario añadir la difícil -por no decir imposible- adaptación funcional a los nuevos requerimientos del proceso de modernización.

La reconversión de un patrimonio inmobiliario desgastado es significativamente distinta en ciudades, como las europeas, en las que se han ido superponiendo distintos patrones civilizatorios que permanecen, aunque sólo sea como vestigios del pasado, y en las cuales el desbordamiento tecnológico y cultural capitalista, si bien eliminó muchas de esas presencias inmobiliarias, conservó otras, porque dominó -o en todo caso convivió- el ensanche frente a la renovación justo cuando el crecimiento urbano se hizo explosivo y el desarrollo de los medios de comunicación y transporte se masificaron. En nuestro caso, en el que las herencias patrimoniales son menores y el desgaste anula las posibilidades de reconversión, el desbordamiento de técnicas y modos de vida

13/ Martín Frechilla, J. J. (1993): *Planes, planos y proyectos para Venezuela, 1908-1958 (Apuntes para una historia de la construcción del país)*, Fondo Editorial Acta Científica/CDCH-UCV, Caracas.

se abre paso sin dificultad y es saludado con euforia.

EL OLMO NO DA PERAS

10.- Recientemente, Subirats dijo en una entrevista: «Caracas me parece muy bien. Es una ciudad muy seductora. El valle verde, la arquitectura que crece como selva, destruyéndose a sí misma, devorándose a sí misma»¹⁴. Se estaba refiriendo -pienso que sin cinismo- a la ciudad actual; ciudad/sociedad que en todo caso, y en la perspectiva de la *longue durée* que postulaba hace años Braudel, se comporta, todavía, como la que recibió el flujo de la bonanza petrolera, y está, por otra parte, camino de hacerse, de construirse, de sedimentarse. Este ambiente de contemporaneidad, de descripción del presente, que tiene la afirmación de Subirats, debe, sin embargo, matizarse.

El 27 de abril de 1870, después de vicisitudes que no vienen a cuento, Guzmán Blanco llega a Caracas para quedarse material y espiritualmente por mucho tiempo. Poco más de dos años después, y sin que necesariamente el conflicto con la iglesia mediara en el asunto, un decreto expropia el Convento de las Monjas Concepciones para que Luciano Urdaneta diseñase y construyese en esa cuadra el Capitolio Federal¹⁵. Y hubo más en este primer empuje, parcialmente abortado, del proyecto nacional de modernización que duró por lo menos hasta casi terminar el siglo XIX. Junto con leyes y decretos, con ferrocarriles y acueductos, Caracas recibió una significativa sacudida de renovación urbana en un audaz equilibrio entre lo sagrado, lo profano, lo laico, lo civil, lo representativo y lo funcional: la Iglesia de Santa Teresa, el Templo Masónico, la Santa Capilla, el Panteón,

el Teatro Municipal, después el Teatro Nacional, el Capitolio, el Museo Nacional, la fachada de la Universidad y, finalmente, puentes, bulevares y paseos.

«Guzmán cambió por completo el sentido de la ciudad. Le dio una estructura nueva», dice Polanco Alcántara¹⁶. No le falta razón. Para ello hubo que demoler y volver a construir, la Ermita de San Mauricio para la Santa Capilla, la Iglesia de San Pablo y las casas adyacentes para el Teatro Municipal, y así. En otros casos la reedificación fue suficiente, la Iglesia de la Trinidad pasó a Panteón Nacional, y la Plaza Bolívar recibió la estatua para asumir con propiedad su nombre. Habíamos inventado, afrancesado y todo, nuestro tardío -con respecto al resto de América Latina- centro urbano del XIX, habíamos logrado redimensionar representativamente el casco histórico de la fundación en un prospecto de ciudad moderna. Recordemos que hubo que demoler para construir, que Caracas, en tiempos del Ilustre Americano, apenas comenzó a superar los 50 mil habitantes que tenía antes del terremoto de 1812, para terminar el siglo con poco más de 70 mil.

11.- En 1936 también recurrimos a Francia. No creemos que en el viaje que hizo a París en diciembre de 1920, el entonces Director de Guerra del Ministerio de Guerra y Marina, coronel Eleazar López Contreras, haya tenido tiempo, entre la compra de cartucheras, tahalies y vericúes, obuses, cañones y morteros, y los vuelos de prueba de los P-40 de la casa Farman, para ojear los primeros números de *L'Esprit Nouveau*¹⁷. Pero de lo que sí estamos seguros es del profundo impacto que tuvo París, muy por encima de Londres, Nueva York y Washington, como el mismo lo señala

14 / Subirats, E. (1992): "El terror y la ciudad contemporánea". *Criticarte*, III etapa, nº 5, p. 16.

15 / Polanco Alcántara, T. (1992): *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo*. Academia Nacional de la Historia/Grijalbo, Caracas, p. 392.

16 / Polanco Alcántara, T. (1992): *O.C.*, p. 606.

17 / López Contreras, E. (1944): *Páginas para la historia militar de Venezuela*. Tipografía Americana, Caracas, pp. 81-96.

recordando su viaje de 1920-21 a Estados Unidos y Europa, al volver a ésta treinta y dos años después¹⁸. No es de extrañar, entonces, que apenas llegado un jefe a Miraflores buscara en el urbanismo francés soporte para una nueva etapa en la modernización de Caracas. Fueron requeridos los servicios de Henri Prost, el más egregio representante del urbanismo oficial del momento. Después de algunos desencuentros, en 1938, se cierra el contrato con la oficina de proyectos de Prost, y otros competentes subalternos, Jacques Lambert y Maurice Rotival, viajarán a Caracas¹⁹.

En un año el Plan Monumental de Caracas para la renovación urbana de la capital está listo, las nuevas edificaciones emblemáticas repetirán los viejos códigos de la época guzmancista, nuevo Palacio Federal, nuevo Panteón, sólo para el Libertador, nuevos ministerios, nuevas avenidas. El urbanismo francés se había quedado en Haussmann mientras Caracas había recibido ya el comienzo de una sacudida poblacional que después sería generalizada²⁰. Dentro de la utopía que siempre encierra la aspiración, hubiese sido más útil un plan de desarrollo urbano para el ensanche y nos presentaron un plan de renovación urbana para el centro; podríamos haber pretendido que el más moderno urbanismo hubiese ayudado a la organización y el control de la ciudad, y nos encontramos proyectos para nuevos edificios. Y, sin embargo, quedó una estructura vial vigente hasta nuestros días, que se completó con el Plano Regulador de 1951, pero que hizo decir, con una buena dosis de añoranza conservadora y parcialmente equivocada, a Briceño -Iragorry años después: «Y cuando la urbe pudo estirarse hacia todos los vientos, para la edificación y el planteamiento de la gran metrópoli, lejos de

haberse pensado en un ensanche a la moderna (...) se creyó mejor destruir la vieja ciudad»²¹.

El ensanche fue moderno, el centro urbano fue sajado por la nueva estructura vial cayendo algunas casas solariegas, y manzanas enteras en las tradicionales operaciones de profilaxia sanitaria y deportaciones de población. Los dolientes de la Caracas «antigua» fueron discrecionales como siempre ocurre en estos casos. El urbanismo debe ser un negocio rentable, si no estaríamos pidiendo frutos al árbol equivocado. El historicismo sentimental no va con los aires del tiempo, y, además, es a veces engañoso, por lo parcial. Cualquier programa conservador a ultranza, de los que rechazan toda intervención que no sea restauración, de los que se oponen a la reutilización, de los que pretenden que la ciudad conserve intacto «todo» su patrimonio inmobiliario, de los que sólo ven virtudes en la ciudad del pasado y defectos en la del presente, clasifica y jerarquiza lo que ha de permanecer. Aunque no haya definiciones explícitas, ni los consensos sean tales, ni existan acuerdos generales sobre qué conservar, por cuáles razones, en función de qué valores, para mostrar qué pasado, lo que sí es seguro es que la modestia de las edificaciones, o la ausencia de valores culturales establecidos y dominantes hace difícil -por no decir imposible- la permanencia de sus trazas; simplemente no interesan. Si nos ponemos tremendistas, alzar la voz para impedir, por ejemplo, la demolición del Colegio Chávez, o para reclamar su revalorización funcional, siempre tendrá más eco -y posibilidades- que postular una rehabilitación urbana de viejo barrio de El Silencio apoyada en la consolidación de su execrada población, evaluación económica aparte.

18 / López Contreras, E. (1954): *Temas de historia bolivariana*, s/e, Madrid, citado por Polanco Alcántara, T. (1985): *El general de tres soles*, s/e, Caracas, p. 83.

19 / Martín Frechilla, J.J. (1989): Rotival de 1939 a 1959. De la ciudad como negocio a la planificación como pretexto. Vallmitjana, M. (comp.) (1991): *El Plan Rotival 1939/1959. Un plan urbano para Caracas*. Ediciones Instituto de Urbanismo-FAU-UCV, Caracas, pp.73-107 .

20 / Si le asignamos a la población de Caracas un índice base 100, 48.897 habitantes en el Censo de 1873, para el de 1920, el índice es 188,6; en 1926 sube a 276,6, en 1936 a 415,9, en 1941 a 550,2, en 1950 a 1012,5, y en 1961 a 1609,2. Ministerio de Fomento (1964): *Noveno Censo General de Población. Área Metropolitana de Caracas*, p. XXXVIII.

21 Briceño-Iragorry, M. (1952): *O. C.*, p. 118.

12.- Lo que podríamos denominar un historicismo vulgar está comenzando a trajinar, también, caminos en el campo de lo urbano de la mano de notorios arquitectos. Volver a la cuadrícula y a las Leyes de Indias aprovechando la parafernalia del V Centenario raya en el folklore, y mucho tiene que ver con lo que Rapp denomina «la falta de conciencia de la propia ubicación histórica» que en este caso padece quien propone²². Cuando, además, se afirma sin sonroja «estamos trabajando un modelo urbano latinoamericano que resuelva una buena parte de los problemas, en lo que respecta a la calidad del entorno urbano. Además, es la posibilidad de un modo de construir ciudades que tengan una estrecha relación con las formas históricas de las que han crecido. Debemos introducir valores propios, porque se aplicaron modelos ajenos que han distorsionado la manera de vivir y entenderlas», entonces la audacia aturde²³. Se niega la posibilidad a que cada época deje su huella objetiva en la ciudad, se promueve la universalidad «regional» de un modelo para construir ciudades en el siglo XVI y se recurre ramplonamente a él para utilizarlo en la solución de la vida urbana actual. Tamaño dislate. Aquí no existen los matices de la historia urbana, ni el proceso de acumulación de la «costra técnica» con fenómenos contradictorios de ruptura, discontinuidad, exclusión, continuidad o permanencia. Se trata, pura y simplemente, de la reconstrucción idealizada del pasado morfológico de la ciudad, de la restitución museográfica de un espectáculo para privilegiados. Engañosa intencionalidad, falsa exaltación, «pretensión evidentemente imaginaria, pues la verdadera ideología que diseña el espacio de la ciudad contemporánea reside en unos principios de naturaleza económica y técnica, indiferente a cualquier postulado de respeto hacia la historia»²⁴. Lo del olmo y las peras va en ese sentido.

22 / Rapp, F. (1981): *O.C.*, p. 195.

23 / *El Nacional*, 4-07-92. p. C/18.

24 / Fernández Alba, A. (1990): *La metrópoli vacía. Aurora y crepúsculo de la arquitectura en la ciudad moderna*. Anthropos, Barcelona, p. 129.

CONTINUIDAD O DISCONTINUIDAD

13.- En esta era que muchos destacan como preñada de heterogeneidad, de rescate de lo diverso en franca oposición a la reducción unitaria, de acentuación de la diferencia como valoración posible y positiva, mientras otros, en terrenos menos académicos y más cotidianos, nos abofetean con la hegemonía planetaria más compulsiva jamás soñada desde aquella vieja tesis troskista del superimperialismo. En esta esquina, hoy, la construcción como memoria no puede obviar el debate «Continuidad y Discontinuidad» que Ortega y Gasset acotó en apenas dos páginas magistrales en 1921²⁵. El debate, entre la tendencia a unificar lo diverso como forma de aguzar el entendimiento y la de subrayar, inversamente, nuevas diversificaciones, no nos abandona. «La historia, sea de esto o de lo otro, del cuerpo vivo o de una nación, de un arte o de una ciencia, consiste primariamente en el establecimiento de estas líneas o series de evolución»²⁶. Pero esta tendencia unificadora puede -según O y G- convertirse en vicio, hasta que esta acentuación exagerada dé paso a lo discontinuo, a lo divergente como norte. Y culmina, después de reconocer los excesos del evolucionismo en el siglo XX en manos de las ciencias -y de la historia-, vaticinando «una era de lo discontinuo».

Y aquí estamos, confrontando la construcción como memoria, con todo lo que de discontinuo/continuo tiene la construcción con lo que de continuo/discontinuo tiene, o aspira tener, la memoria. No hay acertijo, ni galimatías. La construcción del medio físico, la acumulación material de la «costra técnica» aludida, puede, en su ampliación geográfica, revelarse como la continuidad de un

25 / Ortega y Gasset, J. (1921): Prólogo: A «Historia de la Filosofía» de Karl Vorländer, pp. 292-300. Ortega y Gasset, J. (1955): *Obras Completas. Tomo VI (1941-1946)* y Brindis y Prólogos. *Revista de Occidente*, Madrid. Tercera edición.

26 / Ortega y Gasset (1921): *O. C.*, p. 298.

proceso en el que conviven, nuevos espacios y usos superpuestos a espacios y usos anteriores, en el que estructuras físicas y normativas permanecen, parcial o totalmente, en el terreno virgen o ya preñado que toda obra requiere para su construcción. Y, sin embargo, cuanto de ruptura, de discontinuidad en la reconstrucción, en la revalorización económica y funcional del patrimonio inmobiliario, en el rescate, que cada sociedad defiende, por asentar, en la dimensión territorial y urbana, los signos del poder de su propia permanencia. En palabras de Rubert de Ventós: «queda pues en la ciudad la estratificación de los cascarones vacíos: de los monumentos del Estado Confesional, del Imperial, del Liberal ...»²⁷.

Y, por su parte, la memoria, que aparece como el paradigma de la continuidad, del rescate positivo de la tradición, que concentra acendradamente evolución y permanencia, tropiezo, también, en su aspiración por limpiar discontinuidades, con la necesaria confrontación entre lógicas distintas, con procesos cuya unidad no es sólo precaria sino contradictoria. Una memoria social, colectiva, deberá tener las mismas fisuras y esquinces que el mundo que pretende recordar.

Dijimos al comienzo, que íbamos a estar cerca de una acepción de memoria que se acota como «lo que permanece en el (o como) recuerdo después de la desaparición material de seres o cosas», no creemos haber permanecido totalmente fieles a esa proposición. En todo caso la construcción como memoria está lejos de remitirnos a una «ciudad de la memoria» -frase de Maldonado- en la cual nuestro desprestigiado presente no tenga derecho también a ser recordado.

27 / Rubert de Ventós, X. (1976):
Ensayos sobre el desorden. Kairós,
Barcelona, p. 82.

